

**“La Virgen de la tosquera” (*Los peligros de fumar en la cama*)
y la escenografía del narrador no fiable**

CAROLINE LEPAGE

UNIVERSITÉ PARIS NANTERRE – CRIIA
c.lepage@parisnanterre.fr

CECILIA REYNA

UNIVERSITÉ PARIS NANTERRE – CRIIA
creyna@parisnanterre.fr

1. “La Virgen de la tosquera”, segundo cuento de la colección *Los peligros de fumar en la cama* (2009), ha sido leído por la crítica desde una perspectiva sociopolítica y sobre todo de género, en relación al orden establecido. Desde esta óptica, el desenlace aparece como una solución compensatoria a un conflicto, el establecimiento por medio de la venganza y la fuerza de un orden subversivo (Ramella, 2019; Morales, 2023; Pérez Márquez, 2023), o bien, por el contrario, como una denuncia de los mecanismos con que el orden imperante consigue perpetuarse (Gallego Cuiñas, 2020; Semilla Durán, 2023; Ferrari Nieto, 2024).
2. Si bien estas interpretaciones resultan muy interesantes, son en todo caso tributarias en su alcance de un elemento insuficientemente analizado desde nuestro punto de vista: las modalidades de la narración –¿quién relata?, ¿cómo? y ¿por qué?
3. La pregunta se plantea enseguida ya en el plano puramente diegético, pues detrás de su aparente simplicidad, el relato presenta numerosos problemas, si no de comprensión, al menos de interpretación –de los hechos (por ejemplo, en el establecimiento definitivo de su cronología: el grupo va a la tosquera “todos los sábados de ese enero” [p.29] y el ensayo de amarre de Natalia, ocurrido entremedio, es referido al grupo camino a “la clase de educación física” [p.32] y, por lo tanto, ubicado durante el período escolar, de marzo a diciembre)— que parecieran indicar o bien que Mariana Enriquez es una escritora algo descuidada, o bien que esta suerte de “confusión”

(llamémosla así por el momento) constituye ciertamente la pieza central del relato.

4. Al comienzo, la narración impresiona como fiable (Booth, 1961) puesto que se percibe como rigurosamente informativa (se presenta el personaje a través de su casa, su lugar de trabajo, etc.), basada en la mera descripción, bastante detallada además (en lo que se refiere al estilo vestimentario de Silvia [“usaba camisolas hindúes de mangas anchas a la altura de las muñecas, con hilos plateados que brillaban bajo el sol”, p.25]), en otras palabras, lo más amplia posible.
5. Esta modalidad del relato (que hacía esperable un narrador heterodiegético, incluso omnisciente) se interrumpe en la décima línea con la aparición de la unidad “nuestra amiga” (p.25) asociada al adjetivo “grande” (p.25) entrecomillado. Sin embargo, la ruptura con lo anterior parece limitarse a estas marcas de subjetividad: el relato sigue siendo estrictamente informativo y completo (“la que nos cuidaba cuando salíamos y la que nos prestaba la casa para que pudiéramos fumar porro y encontrarnos con chicos” [p.25]), por lo tanto, fiable.
6. El narrador, que ahora sabemos autodiegético, cuenta además con la particularidad de la primera persona plural. Parámetros deliberadamente contradictorios, en teoría: una subjetividad, la del “yo” (supuestamente) contrabalanceada por una convergencia de puntos de vista, la del “nosotros” que justamente en tanto suma de las subjetividades restablece (supuestamente) una cierta objetividad... El propósito es sin dudas anticipar la validación del discurso que sigue, más precisamente, neutralizar el cuestionamiento de la forma de hipersubjetividad expresada al considerar a Silvia, de la que se construye un retrato desfavorable. La acumulación de “la queríamos arruinada, indefensa, destruida” (p.25) / “Odiábamos” (p.26) / “Odiábamos” (p.26) / “queríamos verla derrotada...” (p.26) se inscribe de este modo en la prolongación de un relato rigurosamente informativo, neutro, fiable —entiéndase: justificado y legítimo. Todo lo que sigue se desprende de esta etapa que clausura la justificación y legitimación del punto de vista y de la voz. Silvia no habrá recibido sino su merecido según la evaluación y el juicio colectivos, especie de tribunal popular en el que el narrador/lector se ve inmerso y embarcado como una autoridad más.
7. Sin embargo, este andamiaje argumentativo resulta muy frágil: todo se sostiene sobre la fiabilidad de marras, establecida a partir de:

- 1) un relato presentado como rigurosamente informativo;
 - 2) un relato estrictamente objetivo en tanto que plural.
8. Se trata entonces de determinar hasta qué punto el relato es rigurosamente informativo y lo más completo posible y respecto del “nosotras”, por un lado, qué representa este plural propuesto como garantía absoluta de autenticidad; por otro, sencillamente, si existe como tal. ¿De qué fiabilidad puede hablarse aquí?
9. Resulta difícil considerar este discurso meramente informativo, y sobre todo, lo más completo posible, cuando a medida que la lectura avanza se hace cada vez más patente que este “nosotras” dispone de muy poco conocimiento acerca de la realidad que lo rodea (de allí la proliferación de preguntas que atraviesa y hasta cierto punto interrumpe el relato) y que esas pocas informaciones son casi siempre de segunda mano, es decir que se trata de un saber mediatizado, además de lacunario y no siempre bien comprendido.
10. El enigma acerca del color del pelo de Silvia resulta sintomático de las fallas en su proceso de conocimiento: “Odiábamos que tuviera el pelo lacio y pesado, negrísimo, teñido con una tintura que no podíamos encontrar en ninguna peluquería normal. ¿Qué marca sería? Ella a lo mejor nos lo hubiera dicho, pero jamás se lo preguntamos” (p.26). La reticencia a preguntar, que las expondría tanto en su deseo de saber como tal vez también en el de parecerse a la amiga mayor, y la consecuente persistencia en el desconocimiento acaban por echar sombra sobre el punto de partida: acaso Silvia no se tiña el pelo y se trate de un error de juicio de las chicas.
11. Esta relación frágil con la verdad se trasluce asimismo en su evaluación de las explicaciones de Silvia cuando sí las obtienen:
- Odiábamos que siempre tuviera plata, para otra cerveza, para otros veinticinco gramos, para otra pizza. ¿Cómo podía ser? Ella decía que además del sueldo disponía de la cuenta de su padre, rico, que no la veía ni la había reconocido, pero le depositaba plata en el banco. Era mentira, seguro (p.26).
12. Incapaces de modificar su imagen prejuiciosa, desconfían de la veracidad de la historia, actitud que vuelve como un boomerang a resquebrajar la credibilidad de su propio discurso. Descrédito tanto más sospechoso, además, cuanto aparece como la contracara de una sumisión al relato de Silvia, construido a partir de dichos, que las chicas no dejan de replicar:

Ella fue la que apareció con la idea de las tosqueras ese verano, y tuvimos que concederle: fue una muy buena idea. [...] Alguien, en el trabajo, le había dicho que podía encontrar un montón en la ruta para el sur, y que la gente apenas las usaba para bañarse, porque les daban miedo, se decía que eran peligrosas. [...] Ella averiguó un poco y dijo que teníamos que ir a la tosquera de la Virgen, que era la mejor, la más limpia. También era la más grande, la más honda y la más peligrosa de todas las tosqueras. Quedaba muy lejos, casi al final del recorrido del 307, cuando el colectivo ya tomaba la ruta. La tosquera de la Virgen era especial porque, decían, casi nadie iba a bañarse ahí. El peligro que alejaba a la gente no era la profundidad: era el dueño. Decían que alguien la había comprado, y lo aceptábamos: ninguna de nosotras sabía para qué servía una tosquera ni si se podía comprar, pero sin embargo no nos resultaba raro que tuviera dueño y entendíamos que él no quisiera extraños bañándose en su propiedad (p.28).

13. La repetición de “decían” que ritma el pasaje y la aceptación pasiva con que resuelven su incapacidad para juzgar la veracidad de estos dichos dejan claro que su conocimiento de la realidad resulta de un proceso nada riguroso, que encuentra en un sentido común acomodaticio su toque final.
14. Otras fuentes de saber, el personaje del colectivero y el libro de parapsicología consultado por Natalia, reciben el mismo tratamiento: son decires cuya justeza las chicas juzgan erróneamente. Si el del conductor les parece extraño (“Alguna vez el colectivero nos dijo algo extraño: que tuviéramos cuidado con los perros sueltos, medio salvajes” [p.29]), luego les resulta acertado; el del manual, “infalible”, falla (“Había sacado el método de un libro de parapsicología: ahí decían que era poco higiénico, pero infalible para amarrar al ser amado./ No funcionó” [p.33]).
15. En su relación con Diego surgen otros indicios de falta de fiabilidad de la instancia narradora.
16. Uno es su estado durante las excursiones a la tosquera lejos de la sobriedad. Uno es su estado lejano a la sobriedad, tanto durante el viaje de egresados: “nos enseñó la medida justa de vodka y naranja para hacer un buen destornillador” (p.26); como durante las excursiones a la tosquera: “Nos enseñó a armar una tuquera para el porro con la cajita de fósforos, y nos cuidaba para que no nos metiéramos al agua relocas, por si nos ahogábamos drogadas” (p.30).
17. Otro es una predisposición a interpretar exhaustivamente un fenómeno para forzar la aparición de indicios: las canciones que Diego les graba se convierten en sus conversaciones obsesivas en mensajes de amor cifrados:

Nos ripeaba discos de las bandas que, creía, teníamos que conocer, y después nos tomaba examen, era encantador, se ponía contento cuando notaba que nos había gustado de veras alguna de sus favoritas. Nosotras escuchábamos con devoción y buscábamos mensajes, ¿nos querría decir algo?, por las dudas hasta traducíamos las canciones que estaban en inglés usando el diccionario; nos las leíamos por teléfono y debatíamos. Era muy confuso, había decenas de mensajes cruzados (p.30-31).

18. A todo esto se suma la disonancia, la brecha entre los eventos relatados y la interpretación que las chicas ofrecen de ellos. Lo que creen comprender a partir de lo que ven u oyen se revela la mayor parte de las veces falso, en especial en lo que concierne sus relaciones y las de Silvia con Diego.
19. Si en las primeras excursiones imaginan que Silvia y Diego “se habían olvidado el uno del otro, maravillados por la frescura y el secreto” (p.29) es porque les atribuyen su propia reacción, recogida en la frase inmediatamente anterior: “Fuimos todos los sábados de ese enero, el calor era tormentoso y el agua estaba tan fría: era como sumergirse en un milagro. Hasta nos olvidamos un poco de Diego y Silvia” (p.29).
20. Si están persuadidas de que Diego comienza a interesarse en ellas (“Y podíamos ver que Diego empezaba a mirar con interés nuestros muslos dorados, nuestros tobillos finos, los vientres chatos” [p.29]) es porque se pierden todas las señales de su cercanía con la amiga mayor. Su posición de inexpertas (nadadoras) las reduce a espectadoras sordas de las escenas de intimidad entre ambos: “La tosquera era enorme de verdad; nosotras, cerca de la orilla, veíamos sus dos cabezas oscuras flotando sobre la superficie, y veíamos sus labios moverse, pero no teníamos idea de lo que se decían” (p.30).
21. Cuando descubran su equivocación, su reacción consistirá en regresar, de los detalles nada espectaculares, al terreno de la especulación: “Seguro fumaban el porro de la planta de Silvia en la cama después de coger” (p.31).
22. Pero sobre todo, lo sesgado/cegado de su interpretación aparece como el resultado del deseo, la realidad se modela —contra todo verosímil, contra toda lógica— a partir de lo que las chicas quieren: “Queríamos a Diego para nosotras, no queríamos que fuera nuestro novio, queríamos nomás que nos cogiera, que nos enseñara como nos enseñaba sobre el rocanrol, preparar tragos y nadar mariposa” (p.31). Se retoman así los “queríamos” (p.25; p.26) del comienzo, neutralizados por la narración supuestamente informa-

tiva, total y objetiva, en la que, sin embargo, nunca son ellas quienes saben (Silvia les dice, Diego les enseña). La insistente repetición del querer traduce la obsesión que las caracteriza, y que se agudiza en Natalia, “la más obsesionada” (p.31). Esta exasperación introduce una distancia dentro del grupo, con lo que los mecanismos de puesta en cuestión de la fiabilidad se redoblan. Natalia es singularizada por su no saber: es virgen (no sabe coger) (p.31) y no sabe nadar (p.32).

23. Así, cuando afirma saber algo, la duda se dispara:

Ella no sabía nadar, pero se humedecía cerca de la orilla y después salía del agua fría con la malla amarilla pegada al cuerpo bronceado, tan pegada que se le marcaban los pezones, erizados por el agua helada; y Natalia sabía que cualquier otro que la viera se mataría a pajas, pero Diego no, ¡prefería a la negra culo chato! Nosotras coincidíamos en que era incomprensible (p.32).

24. Cabe entonces también leer la descripción de sus cuerpos como trastocada por la brecha presente en sus demás interpretaciones.

25. Más aún, lo que distingue a Natalia es que no tolera que lo que quiere no sea, y está dispuesta a recurrir a medios extravagantes o extremos para que su deseo se haga realidad (primero con las gotas de sangre en la taza de Diego, antes con las pastillas para dormir y la plata de su madre (p.32), más tarde con “el pedido”). Estamos entonces frente a un discurso performativo en el que el querer dicta la interpretación concebible, comprensible de los hechos y los fuerza.

26. Nos vemos avanzando en arenas movedizas, recorriendo un terreno igual de inestable que el de la tosquera, guiados por una instancia narrativa no fiable; todo lo contrario de lo que las primeras líneas presagiaban.

27. El funcionamiento de Natalia se hace extensivo al resto del grupo, que se desliza de la incomprensión a la negación: luego del anuncio del noviazgo de Silvia y Diego, lejos de rendirse a la evidencia, se empecinan (“...y no lo podíamos entender. No lo podíamos entender. [...] ¿Y él la prefería a ella? ¿Por qué? ¿Porque se la cogía?” [p.33]) y el querer se erige en exigencia y fantasma colectivo:

¡Si nosotras también queríamos coger, no queríamos otra cosa! O acaso no se daba cuenta cuando nos sentábamos sobre sus rodillas apoyando el culo con mucha fuerza, y tratando de manotearle la pija con la mano, como en un descuido. O cuando nos reíamos cerca de su boca, mostrándole la lengua. ¿Por qué no nos tirábamos encima de él y listo? Porque nos pasaba a todas, no era solamente la obsesión de Natalia: queríamos que Diego nos eligiera. Queríamos estar con él todavía mojadas del agua fría de la tosquera, cogiendo una tras otra,

él acostado sobre la playita, esperando los disparos del dueño, y correr hacia la ruta medio desnudas bajo una lluvia de balas (p.33-34).

28. La realidad, sin embargo, las decepciona una vez más la última tarde en la tosquera (“Pero no” [p.34]). Hasta que la propuesta de Diego les devuelve la esperanza: “Nosotras, impecables. En un momento, Diego pareció darse cuenta. Nos miró distinto, como si registrara que estaba con una negra fea. Y dijo “por qué no vamos nadando hasta la Virgen”” (p.34)
29. En la escena, la experiencia y la habilidad de Diego para leer las situaciones se confirma (“Diego adivinó” [p.34]); la de ellas, aunque sigue siendo mediocre, parece avanzar en términos de autoconciencia:
- Dijimos que sí, que claro, aunque estábamos preocupadas porque si le decía «Sil» a lo mejor nuestra percepción de que nos miraba distinto era equivocada, nomás nos moríamos de ganas de que fuera así y ya estábamos medio locas (p.34).
30. Significativamente este vislumbre, relámpago de conciencia, coincide con la puesta en movimiento y el comienzo de la peregrinación hacia el altar: “Empezamos a caminar” (p.34). El verbo cobra toda su dimensión simbólica: las chicas ya no están estancadas en la playita, por fin irán a ver para saber, a descubrir junto a Silvia y Diego, en lugar de contentarse con lo que les cuenten y enseñan. Al hacerlo, descubren que el recorrido iniciático es largo y difícil: “Rodear la tosquera no era fácil: parecía mucho más chica cuando una estaba sentada en la playita. Era enorme” (p.34). Pero, a pesar de la transpiración y el esfuerzo físico, no llegarán al término. La broma de Diego y Silvia hace que pierdan interés.
31. Natalia, en cambio, decide recorrer los últimos cincuenta metros, movida una vez más por el querer: “Le dijimos que teníamos que volver. Dijo que no, que quería ver a la Virgen” (p.36). Surge así una nueva dinámica entre saber/ no saber y decir: si las chicas siguen en la pasividad y el miedo (“Tardó bastante, unos quince minutos. Raro, ¿habría estado rezando? No le preguntamos...” [p.36]; “No le contestamos nada. A veces hacía cosas así de locas, como lo de la menstruación en el café. Después se le pasaba” [p.37]), Natalia es capaz de tomar la palabra porque ha presenciado el descubrimiento, figurado en la caída del manto:

—No es una Virgen.
—¿Qué cosa?
—Tiene un manto blanco para ocultar, para tajarla, pero no es una Virgen.
Es una mujer roja, de yeso, y está en pelotas. Tiene los pezones negros.

Nos dio miedo. Le preguntamos quién era, entonces. Nos dijo que no sabía, algo brasilero. También nos dijo que le había pedido algo. Que el rojo estaba muy bien pintado, y brillaba, parecía acrílico. Que tenía un pelo muy lindo, negro y largo, más oscuro y más sedoso que el de Silvia. Y que cuando se le acercó, el falso manto blanco virginal se le cayó solo, sin que ella lo tocara, como si quisiera que Natalia la reconociera. Entonces le había pedido algo (p.36-37).

32. Este saber aparece no obstante limitado, impreciso y puesto en duda por la descripción del estado de Natalia al regresar del altar: “Estaba cubierta de polvo. Tenía polvo hasta en los ojos” (p.36).
33. La escena final ratifica la distancia que desde un inicio existe entre lo que las chicas y Diego ven:

Había un perro negro. Aunque lo primero que Diego dijo fue: “es un caballo”. Ni bien terminó la palabra, el perro ladró y el ladrido llenó la tarde y nosotras juramos que hizo temblar un poco la superficie de la tosquera. Era grande como un potrillo, completamente negro... (p.37).
34. Sin embargo, induce a creer en una inversión de roles consecuente con la revelación protagonizada por Natalia: es Diego ahora quien presentaría una lectura fallida. El énfasis del juramento, el inusual lirismo de la descripción y la incorporación de lo dicho por Diego mediante la comparación (incluso “perros-potrillos” [p.37] en la frase siguiente) inmediatamente siembran los indicios para creer en una falsedad más. Las palabras de Natalia, al exasperar la línea performativa, no hacen otra cosa: ““Soberbios de mierda, vos sos una negra culo chato, vos un pelotudo, iy ellos son mis perros!”” (p.38). El juego de silencios y mentiras del final (“Si pensamos en buscar ayuda, no lo dijimos. Si pensamos en volver, tampoco lo dijimos.”; “El chofer nos preguntó cómo andábamos y le dijimos bien, bárbaro, todo tranquilo, todo tranquilo” [p.38]) construye una culpabilidad que es el único resto, otra vez paradójicamente performativo, de la venganza.
35. Inconsistencias diegéticas, disonancias entre la interpretación y los eventos, fuentes dudosas de información, procesos mentales sesgados por la envidia, la inseguridad, el miedo, la inexperiencia y la obsesión: larga lista que pone en jaque seriamente la fiabilidad de la instancia narrativa.
36. Llegados a este punto, cabe preguntarse por la extensión y el comportamiento del plural de la persona narrativa.
37. *A priori*, entendido como la sumatoria de múltiples “yo” que comparten un mismo enunciado (el de la narración), el “nosotras” funcionaría, tal

como lo hemos propuesto en un comienzo, en guisa de garantía contra la subjetividad, la parcialidad del discurso.

38. Resta saber quiénes son estos otros que respaldan.
39. Cuando rastreamos las pistas acerca de su identidad, nos encontramos con que el texto no ofrece prácticamente precisiones.
40. En primer lugar, el nombre propio, recurso de los más corrientes para singularizar a los personajes, solo es empleado para una de las integrantes del “nosotras”, Natalia.
41. En segundo lugar, las descripciones físicas, aunque más no fuera a modo de mínimos rasgos distintivos, tampoco sirven para individualizar a “las chicas”. Referidas a los cuerpos, una presenta ciertos rasgos como comunes a todas (“nuestros muslos dorados, nuestros tobillos finos, los vientres chatos” [p.29]), otra una enumeración que contiene un principio de diferenciación, pero que acaba en la generalización : “La bikini roja con dibujos de corazones de una; la panza chatísima con un piercing en el ombligo de otra; el excelente corte de pelo con un mechón en la cara, las piernas sin un solo pelo, las axilas como de mármol (p.33).
42. Por otra parte, esta última descripción plantea la pregunta por el número: ¿cuántas son? Si se considera que cada uno de los elementos de la enumeración precedente corresponde a un personaje diferente, se cuentan cinco. Sin embargo, un detalle de la escena final desalienta esta inferencia: “Natalia se puso una remera y una pollera, nos susurró que nos vistiéramos también, y después nos agarró de las manos” (p.38).
43. Para terminar, si en ocasiones se recorta una parte del grupo, es a través de pronombres indefinidos (“si alguna de nosotras descubría a Frida Kahlo...” [p.25]; “...Diego le hacía una sonrisa de costado y seguía en su conversación con cualquier otra de nosotras.” [p.32]; “algunas con dolor de cabeza por el calor y la luz fuerte en los ojos” [p.35]) o de “la mitad de nosotras” (p.28), que vuelve a poner en cuestión la cantidad, ya sea leído de manera literal (entonces no serían ni tres ni cinco amigas), ya sea de manera aproximativa (en continuidad entonces con la indefinición que describimos). De esta indistinción es posible deducir un uso grupal, colectivo del “nosotras”, traducción de la ilusión grupal, de identificación absoluta, *i.e.*, fusión entre las amigas, que justificaría la falta sistemática de elementos de individualización.

44. No obstante, es sabido que la definición de “nosotros” como plural de “yo” —al igual que “ellas” lo es de “ella”— es materia de debate (Almela Pérez, 2000; González, 2020; Puertas, 2015; Rivarola, 1984). En “nosotros”, puntualiza Beneveniste, la predominancia de “yo” es muy fuerte, y más que de un “yo” multiplicado y cuantificado, se trata de un “yo” dilatado, aumentado y de contornos difusos (Benveniste, 2006)¹.

45. ¿Es posible considerar en estos términos el “nosotras” que nos ocupa? ¿Qué consecuencias se desprenderían de ello en lo tocante a la fiabilidad?

46. Desde esta nueva perspectiva, estaríamos ante un “nosotros” representativo, en el que un “yo” emplearía el “nosotros” englobando a otras personas, “ellas” en este caso, de las que se autoproclama legítimo portavoz. Algunos discursos y pensamientos referidos ofrecen una aproximación a este funcionamiento. La atribución de una frase entrecomillada a la opinión colectiva, “A nosotras nos parecía “quién se cree que es Silvia, como si hubiera nacido en una playa del sur de Francia” (p.27), resulta sin dudas abusiva, demasiado particularizada para ser compartida. Lo mismo ocurre con el “pensamos” de la escena final: “Estos no eran los perros del dueño, pensamos, eran los perros de los que había hablado el colectivero, salvajes y peligrosos” (p.37). La expansión del “yo” es palpable en estos ejemplos, con lo que la fiabilidad de la narración se ve comprometida por la concertación sino fabulada, al menos hiperbolizada por el sujeto de enunciación singular mediante el “nosotros”. E incluso, llevando el razonamiento y la sospecha a su límite, más que como un abuso de representatividad, es posible concebir este uso del “nosotros” como un artificio de puesta a distancia por parte de un “yo” para la expresión de sus fantasmas, bien individuales.

47. Una última alternativa queda por explorar.

48. Al observar el uso del pronombre en el texto, constatamos que su referencia fluctúa: las chicas, pero también las chicas con Diego y Silvia (“Tratábamos de estar callados...”, “...el fin de semana siguiente estuvimos tan solos como siempre” [p.29], “El primer resoplido había llegado de detrás de

1 “Mais le « nous » indifférencié des autres langues, indoeuropéennes par exemple, doit être envisagé dans une perspective différente. En quoi consiste ici la pluralisation de la personne verbale ? Ce « nous » est autre chose qu’une jonction d’éléments définissables ; la prédominance de « je » y est très forte, au point que, dans certaines conditions, ce pluriel peut tenir lieu du singulier. La raison en est que « nous » n’est pas un « je » quantifié ou multiplié, c’est un « je » dilaté au-delà de la personne stricte, à la fois accru et de contours vagues » (Benveniste, 2006; 234-235).

nosotros, ...” [p.37]) y las chicas sin Natalia (“Volvió con nosotras, nos pidió de fumar una pitada...” [p.36], “Caminó hasta la entrada de hierro tipo arco que daba a la ruta, y recién ahí empezó a correr hasta la parada del 307, y nosotras detrás de ella.” [p.38]). Se trataría entonces de un “nosotras” que se revela, mediante la sustracción de estos tres personajes individualizados, como un resto. En él, el “yo” no es posible porque está puesto afuera, en el ídolo (Diego), en la referente (Silvia) y especialmente en la líder (Natalia). Un “nosotras” sin “yo” antes que un “yo” aumentado.

49. Estas diferentes posibilidades de lectura para el plural del pronombre de la persona narrativa no constituyen opciones entre las que proponemos haya que elegir, antes bien dan cuenta de la inestabilidad de la instancia narrativa. Y es que justamente su no fiabilidad coloca el foco en la psicología de los personajes involucrados en ella: las adolescentes. Edad explorada en numerosos textos de Mariana Enriquez (en sus dos primeros libros de cuentos, seis [“La Virgen de la tosquera”, “Carne”, “Cuando hablábamos con los muertos”, “La Hostería”, “Los años intoxicados” y “Fin de curso”], pero también “Ese verano a oscuras”, publicado de manera autónoma por el sello Páginas de espuma (2019) y cuyo interés la autora no ha dejado de reivindicar:

...hay una voz en particular, y un punto de vista, un tipo de mujer joven, que me fascina especialmente: la adolescente enloquecida. Creo que hay años, que varían según las chicas, donde sin duda las adolescentes están al borde la locura: es la fan que grita y llora y se lastima, es la chica anoréxica que le reza a Ana y Mía, es la que se toma un litro de gin antes de salir a bailar, es la que se pone en peligro deliberadamente, por gozo, por abandono. Hay algo de contagio en esa locura y esa situación de enjambre también me fascina: una especie de delirio a la Salem, chicas brujas de la mano girando en una rueda de conjuros y sangre y total ausencia de compasión (Enriquez, 2016).

50. En “La Virgen de la tosquera”, la labilidad de las identificaciones y de las identidades características de esta edad —llevadas a la atención del lector por medio de las modalidades de la narración— generan un horror centrado en el cuerpo, producto de una sexualidad que angustia, oscilando entre la atracción absoluta (la objetivación de Diego) y el terror absoluto (el miedo de ahogarse en la inmensa tosquera, representación del sexo femenino, e incluso la imposibilidad por no saber nadar de Natalia); movimiento que la identidad reversible de la Virgen con su descripción hipersexualizada replica.

51. Advertimos en esta combinación de procedimientos, temas y efectos una dimensión metaliteraria: los mecanismos de la psicología adolescente hablan y hacen eco de los del terror. Enriquez enlaza aquí la inestabilidad de las identidades y la no fiabilidad de la narración, y las propone como dos claves de acceso a lo extraño e inquietante del ser (lo que la emparenta claramente con la literatura fantástica y el horror de Stephen King en su abordaje de la cuestión adolescente –pensamos por ejemplo en *Carrie* [1974]). Una declaración de intenciones que marca un territorio genérico y temático como propio para desde allí desestabilizar todo lo que se supone sólido y fiable, cambiando el agua “estancada” por los escalofríos de otra “fresca” (p.27).
52. Volviendo al inicio, el poder político del texto se encontraría entonces, más que en la axiología deducible del desenlace de acuerdo al reparto de los personajes en oprimidos y opresores, en la mostración de que las identidades disponibles en un determinado orden son ficciones tan peligrosas como precarias para calmar la angustia que la pregunta por la identidad despierta, y que su asunción incuestionada no hace sino engendrar otros terrores. El examen atento de la instancia narrativa a la que este cuento invita es una incitación también a la desconfianza como arma crítica.

Bibliografía

ALMELA PÉREZ Ramón, “¿Es “nosotros” el plural de “yo”?”, *Estudios de lingüística*, n° 14, 2000, p. 9-18.

BENVENISTE Émile, « Structure des relations de personne dans le verbe », *Problèmes de linguistique générale I*, Paris, Gallimard, 2006 [1966], p. 225-236.

BOOTH Wayne C., *The Rhetoric of Fiction*, Chicago, University of Chicago Press, 1983 [1961].

ENRIQUEZ Mariana, *Los peligros de fumar en la cama*, Argentina, Anagrama, 2016.

_____, “Ese verano a oscuras. El cuento por su autor”, *Página 12*, 14/02/2016.

____, “Ese verano a oscuras”, Madrid, Páginas de espuma, 2019.

FERRARI NIETO E., “La posesión como variante del relato de fantasmas: la atención a la víctima como propuesta estética y política de Mariana Enriquez”, *Castilla. Estudios De Literatura*, n° 15, 2024, p. 308–331.

GALLEGO CUIÑAS Ana, "The Gothic Feminism of Mariana Enriquez / El feminismo gótico de Mariana Enríquez", *Latin American Literature Today*, 2020. <https://tinyurl.com/5dz6u9ff>

GONZÁLEZ DE REQUENA FARRÉ Juan Antonio, “Los otros en nosotros y la gramática de la primera persona del plural”, *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*, vol. 46, n° 1, 2020, p. 195-216.

KING Stephen, *Carrie*, Barcelona, Debolsillo, 2023 [1976].

MORALES Miguel Ángel, “Criaturas intoxicadas: apuntes para un bestiario de Mariana Enriquez”, *LEJANA. Revista Crítica de Narrativa Breve*, n° 16, 2023, p. 32-46.

PÉREZ MÁRQUEZ Raquel, “Los miedos encarnados: el imaginario cultural del cuerpo en la cuentística de Mariana Enriquez”, *Cuadernos de Literatura*, n° 22, 2023.

PUERTAS Silvio Alejandro, “La plasticidad pragmática y gramatical del nosotros”, in Adolfo Chaparro Amaya, G. van Roermund & Wilson Herrera Romero (eds.), *¿Quiénes somos "nosotros"?: o cómo (no) hablar en primera persona del plural*, Bogotá, D.C., Editorial Universidad del Rosario, 2015, p. 21-42.

RAMELLA Juana, “El reencantamiento terrorífico del cuento argentino: Mariana Enríquez”, *Boletín GEC: Teorías Literarias y prácticas críticas*, n° 23, 2019, p. 122-138.

RIVAROLA RUBIO José Luis, “¿Quién es nosotros?”, *ELUA. Estudios de Lingüística*, n° 2, 1984, p. 201-206.

SEMILLA DURÁN María Angélica, “Formas y sentidos de lo monstruoso en los relatos de Mariana Enriquez. En torno a los cuerpos: brujas y

C. LEPAGE, C. REYNA « “La Virgen de la tosquera” ... »

embrujadas”, in Audran, Marie et Sánchez, Silvina (comps.), *Devenir monstruo. Ensayos sobre narrativa argentina reciente*, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP), 2023, p. 393-428.